

—Jamás, repitió Julia, jamás me casaré contigo; esa es mi resolución irrevocable.

—¿Es qué renuncias para siempre al matrimonio?

—Contigo, sí.

—¿Y con otro?

—No lo sé, respondió Julia; no sé lo que será de mí, ni á dónde me arrastrará el huracán de mi destino; á tí te quiero y estimo demasiado, para hacer-te el triste presente de mi mano, que en otro tiempo te hubiera dado.

En aquel instante entró el Marqués.

Ninguna muestra de disgusto dió al ver allí á Alembert; le saludó con afabilidad, se dejó caer en un sillón, habló de cosas indiferentes, y despues se retiró á su cuarto dejando solos á los dos antiguos amantes.

—Este hombre ya no te guarda el más pequeño resto de cariño, dijo Alembert á Julia, y lo que es peor, ya no te estima.

—¡Lo veo! ¡Lo siento! murmuró la pobre mujer apoyando sobre el corazon su pálida mano; pero por Dios, ¡no seas tú el que me haga ver por completo toda mi desgracia!

## XVII.

Una mañana, Julia Lespinasse hizo decir al marqués de Mora que le esperaba en el salon, y que le súplicaba le concediese una entrevista de una hora.

Hacia ya que no le veia muchos dias; pues comia fuera de casa, y se retiraba á una hora muy avanzada de la noche, y algunas veces á la madrugada.

Julia pasó por la terrible gradacion que separa el amor apasionado de la helada indiferencia, con el amor y la constancia de una mártir, con una constancia digna de más noble causa.

El Marqués, que aunque era voluble é inconstante, no era descortés, le contestó que al momento iria á encontrarla, y aunque hacia poco rato que se habia metido en el lecho, se levantó y se vistió con esmero.

Julia llevaba un traje negro; su hermoso y pensativo rostro, guarnecido de largos bucles negros y sedosos, se destacaba de aquel sombrío color como una delicada azucena; sus grandes ojos negros esta-

ban melancólicos y como velados por una sombra de tristeza; sin embargo, á través de la terrible huella de sus largas penas, se leía en su rostro una irresolución firme y friamente meditada.

—Buenos días, Julia, dijo el Marqués entrando y tomando afectuosamente la mano de su amiga; ¿tengo la dicha de poderte servir en algo?

—Sí, señor Marqués, contestó graciosamente aquella; sentáos y escuchad.

—¿A qué viene ese tono ceremonioso? exclamó asombrado el Marqués.

—Ese tono es el que debo tener con vos; ¿qué somos ya el uno para el otro?

—Yo soy para tí el que siempre he sido, dijo el Marqués; ¿acaso lo dudas? Algunas ocupaciones, asuntos graves...

—Yo no os pido excusas ni las admito, señor Marqués, dijo Julia con altanería; si sois para mí lo que ántes érais, yo no lo soy ya para vos, y, por lo mismo, os suplico que me trateis con algo más de consideración que de franqueza.

—Sea como gustéis, señora, dijo el Marqués inclinándose; sólo deseo complaceros.

Una amarga sonrisa entreabrió los labios de Julia; reinó el silencio por algunos instantes, siendo ella la primera que le rompió, no sin hacer un esfuerzo violento para comunicar á su voz toda la posible tranquilidad.

—Señor Marqués, dijo; yo os ruego que me digáis qué motivo os he dado, no para dejar de amar-me, de eso no os pido cuenta, porque sé que no se manda al corazón, sino para que hayais usado conmigo de doblez y falsía.

—No entiendo esa pregunta, balbuceó el español, cuyo pálido semblante se coloreó súbitamente con un penoso rubor.

—Me entendéis, repuso Julia; vuestra turbación me lo dice demasiado claro; me entendéis, y os ruego que me respondáis: ¿qué motivo os he dado para que no me hayais dicho lealmente que habeis dejado de amarme?

—¿Y quién os ha dicho que no os amo?

—¡Basta! ¡Quiero ahorráros el vergonzoso trabajo de mentir! exclamó la señorita de Lespinasse; los dos hemos procedido indignamente; vos, sujetándome á un martirio que no teníais el derecho de imponerme; yo, sufriendo ese martirio; desde hoy, señor Marqués, todo acabó entre nosotros.

—¿Qué decís! exclamó el Marqués; que sintió levantarse lleno de vida en su corazón el amor que habia creído muerto para siempre.

—Que todo ha terminado entre los dos.

—¡Es imposible, Julia! ¡Perdonadme! ¿Qué importan algunos extravíos, algunas distracciones pasajeras? ¡Mi corazón es todo vuestro!

—El mio no os pertenece ya.

—¡Me engañais, y os engañais á vos misma, Julia!  
No lo dudeis!

—¡Qué estúpido orgullo el de los hombres! exclamó la señorita Lespinasse con amarga cólera; ¿no quereis creer que he dejado de amaros?

—¡No!

—¿Por qué?

—¡No quiero creerlo!

—¡No os conviene persuadiros de ello, lo sé! repuso Julia; ¿pensais, caballero, que el corazón de una mujer puede exprimirse impunemente como se exprime el zumo de una naranja, y que mi corazón torturado por vuestra ingratitud, por vuestra indiferencia, puede recobrar su sávia cuando vos lo deseais? ¿Pensais que valeis tanto, que sólo necesitais decirme *ven*, para que yo vuele á vos? ¿Pensais que mi amor es inmortal, y que resiste á todas las pruebas, por duras, por amargas que éstas sean? ¡Os equivocais! ¡Todo cuanto hay en mi alma de digno, de noble y levantado, grita ahora en contra vuestra! ¡Yo no os amo ya! Entendedlo de una vez; ¡no os amo!

El Marqués bajó la cabeza ante la fiera y luminosa mirada de Julia Leonor de Lespinasse, que corroboraba sus enérgicas palabras, con una elocuencia tan poderosa como incontestable.

—¡Perdon! murmuró trás una pausa.

—Perdonado quedais, dijo la señorita Lespinasse

suavizando su voz, que adquirió de repente una dulzura infinita; ¡perdonado quedais para siempre!  
¡Adios!

Y se levantó del sillón donde habia estado sentada hasta entónces.

—¿Os vais? preguntó el Marqués.

—Esta noche salgo de París.

—¿Pero á dónde os dirgís? ¿Qué será de vos?

—No paseis penas por mí, dijo la señorita Julia de Lespinasse sonriendo; pensad en vos, que bien lo necesitais.

—¡No os entiendo, Julia!

—Estais viviendo con la gente más perdida de París, que ya ha arruinado vuestra fortuna y vuestra salud.

—¿Quién os ha dicho...?

—¿Olvidais que os amaba? exclamó Julia; ¡he preguntado y he sabido amargas verdades!

—Y os han engañado, Julia.

—Tanto mejor para vos.

—¿No podreis volver á amarme?

—¡Jamás!

—¿Y si fuera de nuevo digno de vos?

—No podreis serlo nunca, por poco que yo valga.

—¡Sed mi esposa! exclamó el Marqués en un rapto de generosidad, que él creyó heróica, y que Julia halló muy ridícula.

—¡Gracias! respondió; rehusó la corona de Marquesa que me ofreceis.

—¿Y por qué?

—Podría aceptarla, si; aunque no os amo, os estimase; pero habeis herido todavía más por completo mi estimacion que mi amor.

—Yo os ofrezco más que Alembert, dijo con ironía el Marqués.

—Os equivocais, respondió Julia; él tambien quiso casarse conmigo.

—¿Y le rehusasteis?

—Sí; á él no le amaba lo bastante, aunque le profesaba la más alta estimacion.

—De modo, que para aspirar al alto honor de ser esposo vuestro...

—Hay que ser digno á la vez de mi estimacion y de mi amor.

—Morireis soltera, dijo el marqués de Mora con grosería vengativa y enconada; yo os lo predigo.

—Teneis razon, repuso Julia con tristeza; moriré soltera; si pensais que me herís con vuestra grosería, os equivocais mucho; sí, moriré soltera, y prefiero eso á casarme sin estimacion y sin amor; ahora, adios, y que el cielo os haga dichoso; se lo pido con todo mi corazon; de todas veras.

Julia dejó el salon, y se encaminó á su cuarto; una vez allí, se dejó caer en un sillón, y exclamó,

inclinando la cabeza sobre su pecho y uniendo las manos sobre sus rodillas.

—¡Dichas de la tierra! ¿Dónde estais? ¿Será mi destino no columbraros jamás? ¡Aves de paso, sólo he sentido sobre mi frente el roce de vuestras alas, cuando os ausentábais de mi para siempre!

—Yo os ofrezco más que Alembert, dijo con ironía el Marqués.

—Os equivocais, respondió Julia; él tambien quiso casarse conmigo.

—¿Y le rehusasteis?

—Sí; á él no le amaba lo bastante, aunque le profesaba la más alta estimacion.

—De modo, que para aspirar al alto honor de ser esposo vuestro...

—Hay que ser digno á la vez de mi estimacion y de mi amor.

—Morireis soltera, dijo el marqués de Mora con grosería vengativa y enconada; yo os lo predigo.

—Teneis razon, repuso Julia con tristeza; moriré soltera; si pensais que me herís con vuestra grosería, os equivocais mucho; sí, moriré soltera, y prefiero eso á casarme sin estimacion y sin amor; ahora, adios, y que el cielo os haga dichoso; se lo pido con todo mi corazon; de todas veras.

Julia dejó el salon, y se encaminó á su cuarto; una vez allí, se dejó caer en un sillón, y exclamó,

XVIII.

La aurora halló á la señorita de Lespinasse en la misma actitud abatida y triste; sus amargas meditaciones la habian tenido toda la noche desvelada sin darse cuenta de ello; pero cuando la fria luz del alba penetró en su aposento, y tiñó de blanco su lecho intacto, y su mesa cubierta de libros y papeles, volvió en sí, pasó la mano por la frente y llamó á su doncella.

Esta se presentó al instante.

—Recoje toda mi ropa y los objetos que me pertenecen, Páula, dijo la señorita de Lespinasse; ciérralo en los cofres, y pon en uno sólo dos ó tres trajes y alguna ropa blanca; ese es el que me llevaré; al cuidado de los demás, al de la casa, y esperando órdenes mias, te quedarás tú.

—¿Se vá acaso de París la señora? preguntó Páula admirada.

—Sí, sólo tardaré en dejarle el tiempo que tarde en llegar una berlina de viaje, que tú irás á buscar ahora mismo.

—¿Y no acompaño yo á la señora?

—No, mi buena Páula; mas no pienses que por eso renuncio á tus servicios; sabrás dónde estoy, y cuando vuelva á París yo, volverás tú á mi lado; hasta nueva orden, ya te he dicho que te quedarás aquí.

Páula salió tranquilizada, y Julia se quitó el traje negro que llevaba desde la víspera, y se puso otro de camino, recogiendo por sí misma sus joyas en un cofrecito.

De cuando en cuando, una lágrima caía en las manos de Julia ó en los objetos que iba ordenando.

La berlina llegó; Julia subió á ella, y dijo al postillon:

—A N... en Borgoña.

Sepultóse despues en el fondo del carruaje; se envolvió en su capa, y cerrando los ojos, quedó sumergida en una meditacion triste y profunda.

Repasaba su vida entera, y se preguntaba qué era lo que habia hecho de bueno ó de útil en ella, y su conciencia le respondia:

—¡Nada!

En efecto; su mision no podia haber sido más extéril y más nula; ni habia hecho la felicidad de ningun sér en la tierra, ni habia sido madre siquiera, ni habia llevado á cabo ningun trabajo importante, fruto de su talento ó de su aptitud material para cosas asimismo materiales.

—Más feliz es, se decia, la modesta y humilde

hermana de la caridad que yo; ella, á lo ménos, se acuesta cada noche con la certeza de haber hecho algun bien; pero yo, planta extéril, si he dado algunas flores, no han producido fruto alguno, y llegaré al ocaso de la vida sin haber visto brillar el sol de la dicha sobre mi triste frente.

Julia se equivocaba en parte al pensar así; ella, como todos los séres humanos, tenia una mision que debia llenar, debia ofrecer á su sexo el ejemplo del heroismo del amor, debia mostrarle hasta qué extremo puede sufrir el corazon de una mujer.

Cuando llegó á casa del Presidente, bajó de la silla de posta y la despidió entrando sola en el gran pátio, y sorprendida del silencio que reinaba por todas partes.

El portero, que se paseaba con aire grave, se acercó á ella, preguntándole qué se le ofrecia.

—¿No me conoceis, Pedro? observó la señorita de Lespinasse, dirigiéndose al viejo conserje, que doce años ántes la saludaba cada mañana.

—Algo recuerdo vuestra fisonomía, señora, respondió el conserje; pero no su nombre.

—Soy mademoiselle de Lespinasse.

—¿La señorita Julia?

—La misma.

—Muy cambiada estais, repuso Pedro; ¿quereis ver á la señora Presidenta?

—Sí, por cierto: ¿se hallará ahora en el cuarto de

su esposo? Es, en efecto, muy temprano; pero acabo de llegar.

—¿No sabéis que el señor Presidente ha muerto?

—No sabia nada.

—Ya hace cerca de año y medio que pasó á mejor vida: su hijo está en París; una de las señoritas se ha casado, y sólo la menor está al lado de su madre; venid, señorita, y os acompañaré, pues ya deben estar levantadas.

Pedro subió con Julia la ancha escalera, atravesaron el vestíbulo y una gran antesala: allí tiró el conserje de una campanilla, y apareció una doncella.

—Acompañad á esta dama al cuarto de la señora Presidenta, dijo Pedro.

—No, no, llevadme al salon, dijo Julia un tanto confusa, y avisad á la señora: mi buen Pedro, yo no soy ya de la casa, y los sentimientos de vuestra ama pueden haber cambiado con respecto á mí.

—¡Cambiar la señora! exclamó el viejo criado; no lo creais, ella se acuerda de vos, y os nombra muchas veces; pero pasad al salon conmigo, en tanto que la avisan.

Julia se sentó, admirándose de la emocion que experimentaba: casi temia la vista de aquella mujer tan sencillá y tan pura: en París, las culpas de la galantería no lo eran; pero en aquella humilde ciudad, donde no habia penetrado el aire pestilente de la córte, la virtud vivia aún con toda su majestad, y pare-

cia que se respiraba en el ambiente, y que residia entre aquellas antiguas cortinas de seda y entre aquellas paredes vestidas de gruesas telas.

Poco tardó en abrirse una puerta, que dió paso á una esbelta y elegante figura de mujer.

Era Amelia; los años, al resbalar sobre su frente pura, no habian dejado ninguna huella; aún era jóven, y aún su tranquila belleza se ostentaba tan radiosa como cuando vivia al lado de su marido en los primeros tiempos de su enlace; sus cabellos eran rubios y espesos, y el azul subido y tranquilo de sus ojos no habia sufrido ni la más leve alteracion.

—Perdonad, señora, que os haya hecho esperar, dijo adelantándose hácia Julia; pero, al mirarla, una emocion súbita se pintó en sus facciones y exclamó:

—¡Julia!

Luego le abrió los brazos y la estrechó contra su corazon.

—¡Muy cambiada estás! le dijo, despues de una páusa, mirándola con una tristeza atenta; veo que la vida de agitacion y de goces artísticos que llevas, fatiga más que la mia.

—¿Sois dichosa? preguntó la señorita de Lespina-sse, estrechando las manos de Amelia.

—Tanto, respondió ésta, cuanto puedo serlo en este valle de dolores.

—Yo he sido y soy muy infeliz.

—¿Te queda, al ménos, la paz de la conciencia?

preguntó Amelia, interrogando los ojos de su prima Julia.

Esta bajó tristemente la cabeza.

—Veo que no, dijo la Presidenta, y te compadezco; ¡es el sólo bien positivo de la tierra!

Reinó el silencio durante algunos instantes, y Julia fué la que le rompió.

—Perdonadme, querida Amelia, el olvido en que he vivido respecto de vos y de vuestra familia; ignoraba hasta la muerte de vuestro esposo; estaba ofendida con vos... y ha sido preciso que todo me faltase en la tierra, para que mi corazón buscase al vuestro; no podía olvidar que me arrebatasteis las pruebas de mi nacimiento; yo no hubiera pedido nada jamás á la familia de Albon, que siempre me desconoció; soy demasiado orgullosa para eso.

—¿Y si lo hubiérais hecho? dijo Amelia, cuyas mejillas se cubrieron de rubor; pensad en que amo á los míos, y en que además soy madre; aquella familia ha desaparecido casi por completo, y acaso la sucesión alcance á mis hijos; Antonieta vive en Burdeos, pero atacada de una enfermedad al pecho que no la perdonará. Carolina ha muerto del dolor de no casarse, lo que hubiera sido imposible, atendido su carácter; tres de los hijos del Conde han muerto también, y el que resta ha emprendido un largo viaje á la India occidental; perdóname, Julia, y permite que yo á mi vez me queje de tu olvido, y despues que te

pregunte si eres realmente desgraciada, ó si tus desgracias son hijas de tu imaginación.

—Soy una de las mujeres más infelices del mundo, dijo Julia; soy sola en la tierra, y á nadie amo sino á vos.

—¿Son, pues, mentira las relaciones que te atribuían con un jóven que lleva un título español?

—No, amiga mía; pero esas relaciones han terminado, como casi todos los amores de la tierra, por el hastío del hombre que me amaba.

—¿Y por el tuyo?

—No; el amor no lo sienten jamás igualmente los dos amantes á la vez; yo le quería

—¿Y te ha dejado?

—Yo me he separado de él, á pesar de haberme ofrecido, para retenerme, que se casaría conmigo.

—¿Y no has aceptado?

—Ya lo veis.

—¿Por qué?

—Porque ya no le estimaba.

—Veo, mi pobre Julia, exclamó la Presidenta abrazando á la señorita Lespinasse, que tu corazón es muy noble, á pesar de los errores á que tu imaginación te ha arrastrado; ¡pluguiese el cielo que hubieras hallado un hombre digno de ti, con el cual te hubieras podido unir y ser dichosa!

—Le hallé, y no lo fuí tampoco.

—¿Por qué no te casaste con él?



—El lo rehusó; luego quiso hacerlo, y me llegó á mí la vez de no admitir.

—¡Qué triste destino el tuyo! ¡Ah! ¡Por qué dejaste este apacible asilo! ¡Por qué llegaron hasta tí las palabras de la Marquesa!

--¿Sabeis de ella? preguntó Julia vivamente.

—Sí, respondió Amelia; vive sola en París, y á no ser por sus amigos, que la acompañan y consuelan á porfía, ya hubiera muerto de tristeza y de fastidio; pero, añadió Amelia, ven conmigo; te llevaré al cuarto que has de ocupar, y así que cambies de traje, te presentaré á mi hija María, única que está ya á mi lado; ¿te acuerdas de ella? Era la más bonita de las dos; Luisa se ha casado. Gaston está en París; ea, ven, y veamos si tu antigua educanda te reconoce también como su madre.

La Presidenta tomó la mano de Julia, y la llevó á una estancia adornada con suma sencillez, pero con gran comodidad; era la misma que habia ocupado la señorita Julia de Lespinasse cuando estaba encargada de la educacion de los hijos de Mad. de Vichy.

Con una profunda emocion, volvió á ver allí su cama colgada y cubierta de muselina blanca, el escritorio en que habia confiado al papel todos sus pensamientos, cuando no contaba con ninguna amistad en la tierra; el armario y la cómoda que habian guardado sus modestos trajes de institutriz, y el re-

clinatorio ante el cual se arrodillaba cada noche para rezar sus oraciones.

Amelia la dejó sola para que cambiase de traje, y Julia, en vez de abrir sus maletas que ya habia traído un criado, se dejó caer en una silla, y se puso á llorar amargamente.

—¡Oh! ¡Felices tiempos de mi inocencia! exclamó; ¿dónde estais? ¿Dónde os habeis ido, feliz tranquilidad de mi alma, grata paz de mi conciencia? Desde que vivia aquí, ¡cuántas tempestades han agitado mi vida! ¡Cuántos tormentos! ¡Cuántos dolores! ¿Por qué no pueden modelarse las impresiones segun la necesidad de sentir las para ser dichosa en la vida? ¿Y qué es lo que me guarda el cielo para lo futuro? ¡Yo siento agitarse en mí, no sé qué triste presentimiento, que me anuncia aún más tormentos, y una voz ronca y formidable grita en mis oídos que pereceré envuelta en el huracan!

Julia calló, ocultó su semblante entre sus diminutas manos, y dejó correr por sus hermosas mejillas gruesas y abundantes lágrimas.

Pero su llanto se agotó muy pronto; sólo cuando el alma es aún inocente y conserva ilusiones, hay muchas lágrimas en los ojos; cuando las pasiones han rugido en ella, el llanto es escaso, corrosivo, abrasador.

El desaliento siguió á las lágrimas, y Julia hubiera permanecido por largo rato sumergida en él, á